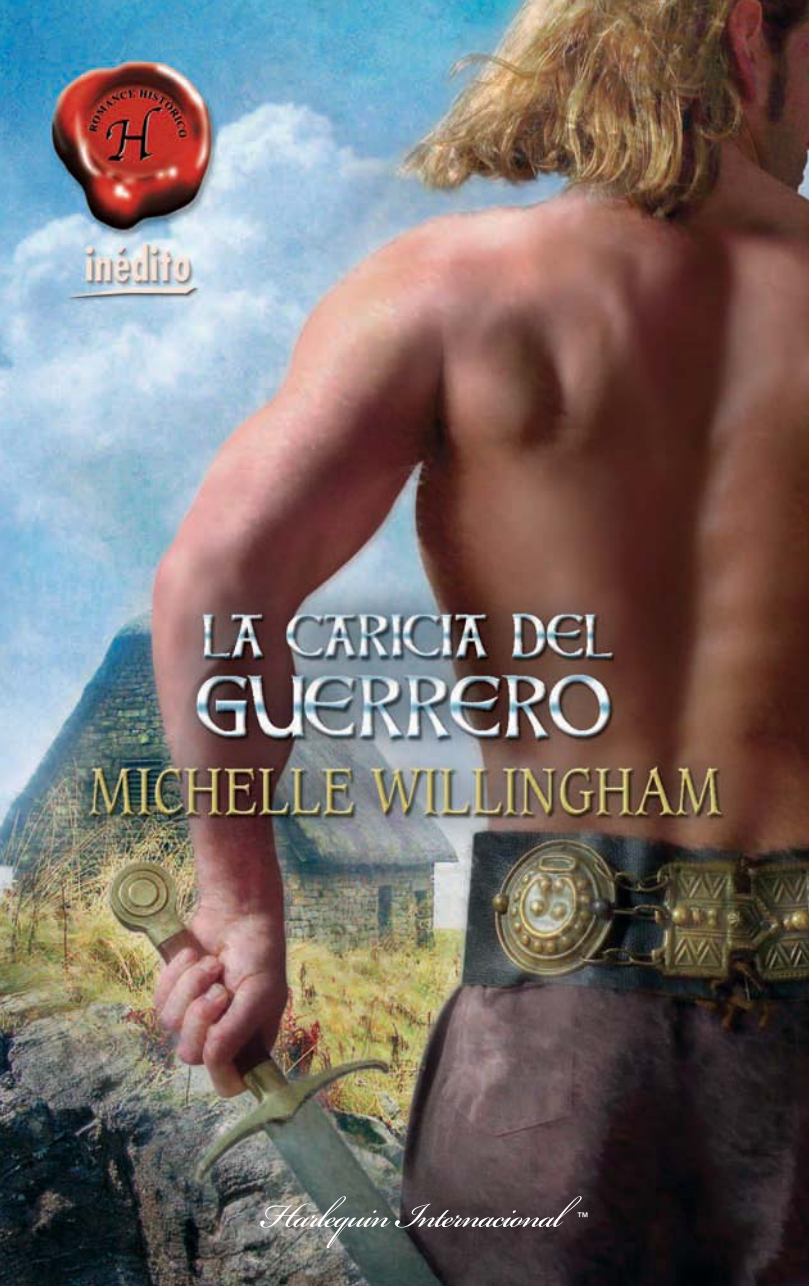

ROMANCE HISTÓRICO
H
inédito
LA CARICIA DEL GUERRERO
MICHELLE WILLINGHAM
Harlequin Internacional™

LA CARICIA DEL GUERRERO

MICHELLE WILLINGHAM



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Michelle Willingham. Todos los derechos reservados.
LA CARICIA DEL GUERRERO, Nº 460 - julio 2010
Título original: The Warrior's Touch
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8826-4
Editor responsable: Luis Pugni

Estoy muy agradecida a la doctora Emiliy Doberty y a Elise Lestz por sus valiosísimos consejos en todo lo relativo a roturas de huesos y fisioterapia. Gracias a mi marido por permitir que la limpieza de la casa esperara un día más y por apoyarme siempre en este sueño. Gracias también a mis hijos por darme toda la felicidad que puede esperar una madre.

Glosario de expresiones irlandesas

a chroí: mi corazón.

a dalta: expresión cariñosa para un hijo adoptado; literalmente, mi estudiante.

a ghrá: mi amor.

a iníon: hija mía.

a stór: tesoro, mi amor.

aernach: duende irlandés.

aite: padre adoptivo.

bean-shide: hada mensajera que anuncia la muerte de un pariente (banshee en inglés).

brat: chal de lana que llevan por los hombros tanto los hombres como las mujeres.

brehons: jueces.

cailín: chica.

corp-dire: precio del cuerpo, una multa que se paga por daños corporales.

craibechan: un guiso muy sabroso hecho con carne y hortalizas.

dia-dhúit: hola; literalmente, «Que Dios te acompañe».

ech: caballo de guerra.

eraic: indemnización.

flaiths: nobles.

léine: un vestido largo que usan las mujeres o una camisa larga que usan los hombres.

méirge: estandarte de muchos colores.

níl: no.

rath: fortaleza.

sibh: duendes.

sibh dubh: duendes malignos.

tá: sí.

tuatha: pueblo o aldea que pertenece a un clan; literalmente «el pueblo».

Uno

Irlanda, 1175

—¡Aileen! ¡Hay un hombre muerto en el campo!

Lorcan, muy agitado, irrumpió en la cabaña de piedra y Aileen O'Duinne dejó los ajos que había recolectado esa mañana y se levantó.

—¿Estás seguro de que está muerto? —preguntó ella con la leve esperanza de que estuviera vivo.

—No se movía —Lorcan se encogió de hombros—. Además, hay sangre por todos lados.

Lo más probable era que el chico tuviese razón. Aileen intentó no albergar demasiadas esperanzas, pero si no estaba muerto quizá pudiera salvarlo.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Te lo enseñaré —Lorcan lo pensó un instante con la preocupación reflejada en sus ojos marrones—. ¿Me meteré en algún lío por decírtelo? Está muerto.

—No te preocupes —Aileen negó con la cabeza—. Has hecho bien en acudir a mí.

Ella se acordó de que lo tenía prohibido—. Si Seamus O'Duinne, su caudillo, se enterara, la castigaría. No estaba autorizada a curar a los miembros del clan.

Sin embargo, no tenía tiempo para preocuparse de eso en ese momento. Elevó una plegaria a Belisama para que estuviera vivo.

Lorcan entró en la cabaña mientras ella llenaba una cesta con vendajes limpios, milenrama y otras plantas medicinales. Se dio la vuelta y se dirigió a Lorcan.

—Llévame.

El chico salió corriendo hacia los prados del norte seguido por Aileen. Pasaron junto a las cabañas de piedra de algunos vecinos. Uno de los hombres dejó su tarea en el campo y la miró con disgusto. Aileen evitó su mirada. No podía importarle lo que él pensara. No había hecho nada malo. Aun así, las mejillas la abrasaron por la humillación. Los lugareños no habían olvidado la mala suerte que la había perseguido.

El rocío le mojó el borde del vestido mientras seguía a Lorcan. El chico seguía corriendo y señalando hacia la ladera de la colina. El viento agitaba los pocos hierbajos que quedaban en verano. El hombre estaba boca abajo. La posición de los miembros indicaba que podía haberse caído de un caballo. La hierba estaba manchada de sangre y Aileen fue a tocarlo con las manos temblorosas.

Él dejó escapar un ligero lamento. Estaba vivo. Gracias a los dioses tenía otra oportunidad para demostrar su valía y pensaba aprovecharla.

—Vete a buscar a Riordan —ordenó a Lorcan—. Necesitaré ayuda para moverlo. Dile que traiga uno de sus caballos.

No iba a permitir que ese hombre se muriera. Lo curaría independientemente de lo que los demás pensaran sobre su habilidad.

Cuando Lorcan se marchó, dio la vuelta al hombre. Se le paró el pulso al ver su rostro. Lo reconocería en cualquier sitio a pesar de las heridas. Era Connor McEgan. Nunca esperó volver a verlo.

El miedo y un anhelo incontrolable se adueñaron de ella. De todos los hombres que el destino podía haber dejado en sus manos, ¿por qué tenía que ser él?

Su rostro, el rostro de un ángel, la había perseguido en sueños desde que era una niña. Tenía unos labios firmes, una nariz recta y una mandíbula sólida que hacían que sus orígenes vikingos por parte de su abuelo fueran evidentes. La sangre que le brotaba de una herida en la sien le cubría el pelo dorado.

Lo había amado una vez. El dolor la atravesó al recordarlo, pero lo dejó a un lado. Le desató la túnica con las manos temblorosas y le cortó la lana parda con el cuchillo para dejar al descubierto su pecho de guerrero. Tenía varios cortes, pero eran poco profundos, casi como si lo hubieran torturado...

Prefirió no pensar en algo tan espantoso. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Estaba pálido y también se preguntó cuánta sangre habría perdido. Quizá fuese demasiado tarde para curarlo.

No podía pensar en eso. Le limpió las heridas del pecho y le presionó la sien para que dejara de sangrar. Entonces se fijó en que tenía las manos y muñecas hinchadas y amoratadas. Tendría que entablillarle los huesos rotos.

No podía morir. Tenía que llevarlo a la cabaña de enfermos para curarle las manos y coserle las heridas más profundas, pero no podía hacerlo sin ayuda. ¿Dónde estaba Riordan?

El horizonte era una línea vacía y no había rastro de ninguno de los dos. No podía esperar que nadie más fuese a ayudarla. Casi todos los lugareños creían que estaba maldita.

Tomó algunos dientes de ajo de la cesta y los apretó con delicadeza contra el pecho de Connor. Vendó la herida con firmeza y rezó para que los ajos alejaran a los demonios de la fiebre.

Por fin, oyó un caballo que se acercaba. Respiró con un poco más de alivio. Saludó a Riordan con la mano y el desmontó.

Riordan, un hombre recio acostumbrado a las tareas del campo, era una cabeza más alto que la mayoría de los hombres. Tenía las mejillas coloradas y el color rojo brillante de pelo hacía que se le distinguiera fácilmente.

A juzgar por la expresión de su rostro, estaba contento de que ella lo hubiera llamado. Como estaba viuda, buscaba cualquier excusa para estar con ella y era el único hombre en quien confiaría para que la ayudara.

—¿Está vivo? —preguntó él.

—Apenas. Necesito que me ayudes a llevarlo a la cabaña para enfermos.

Ella levantó el cuerpo de Connor hasta que estuvo sentado. Cuando Riordan vio el rostro, su compasión se transformó en furia y celos.

—Connor MacEagan —el resentimiento fue evidente—. Deberías dejarlo donde está... el canalla...

—Soy curandera —argumentó Aileen—. Si el mismísimo demonio necesitara mis atenciones, se las daría.

Pensó que Connor también podía ser el demonio. Con él, no podía retirarse al tranquilo mundo donde

sólo existían sus curaciones. Su simple presencia la alteraba.

Riordan gruñó, pero la ayudó a subirlo al caballo y dejar su cuerpo inmóvil contra la melena del animal. Mientras guiaban al caballo de vuelta, ella se dio cuenta de que quería ir más deprisa.

—¿Por qué habrá vuelto? —preguntó Riordan—. Creía que se había ido con los suyos.

—Si vive, podrás preguntárselo.

Su rostro se ensombreció.

—Lo ayudo por ti, Aileen. No tengo ningunas ganas de hablar con él.

Ella disimuló la desesperación, aunque apremió un poco al caballo.

—Tenemos que darnos prisa. Tiene que vivir.

—¿Por qué? ¿Porque sientes algo por él?

—Porque si muere, se demostrará que estoy maldita. No puedo perder a otra persona. Si vive, es posible que Seamus me deje curar otra vez.

—Nadie sabe que lo has encontrado —comentó Riordan.

—Lorcan lo encontró primero. Todo el mundo lo sabrá al anochecer —estaba segura de eso—. ¿Lo has mandado a casa otra vez?

—Sí.

—Perfecto.

Ella sintió un miedo gélido de que Connor no volviera a despertarse. No se había movido en todo el trayecto.

—Sigo sin apreciarlo. Deberíamos llevarlo ante Seamus.

Aileen no estaba dispuesta a perder esa oportuni-

dad por los celos de un hombre. Apoyó la mano en su hombro.

—Estate tranquilo, Riordan. Se marchará en cuanto se despierte.

Ese contacto provocó un destello de interés en los ojos de él y ella deseó no haber hecho ese gesto impulsivo.

Él le tomó la mano y su rostro volvió a expresar anhelo. Aileen se recordó que un marido bueno y equilibrado como Riordan era una elección sensata. Hacía mucho tiempo que había dejado de soñar con apuestos guerreros. Los hombres como Connor MacEagan no se fijaban en ella.

Llegaron al pequeño terreno que consideraba propio. Al pasar junto a las plantaciones pensó en la caléndula si las heridas de Connor empeoraban. En silencio, elevó una plegaria tanto al dios cristiano como a los dioses de sus antepasados.

—Tráelo dentro de la cabaña para los enfermos —le ordenó.

La cabaña de piedra, levantada muy cerca de su cabaña, estaba ideada para atender a los miembros de su clan heridos o enfermos.

Desde hacía dos lunas, ni una persona había confiado en ella lo suficiente para entrar ahí. Sin embargo, la había mantenido escrupulosamente limpia con la esperanza de que algún día los lugareños acudieran a ella.

Para sus adentros, temía que su caudillo la obligara a irse a otra parte cuando otra curandera ocupara su lugar. Seamus no la había perdonado.

El desconsuelo se había adueñado de ella. Algunos

hombres habían muerto por ser demasiado orgullosos o supersticiosos para pedirle ayuda.

Abrió la puerta y pasó por debajo de las ramas secas que colgaban para ahuyentar a los malos espíritus. Una vez dentro, olía a tierra mojada y el ambiente era fresco. Riordan dejó el cuerpo inerte de Connor sobre uno de los jergones llenos de paja. Aunque su falta se reacciones indicaba que las heridas eran graves, ella mantenía la esperanza.

—¿Necesitas una hoguera? —preguntó Riordan.

Aileen dudó. Sabía que él quería ayudar, pero prefería trabajar sola.

—Yo la haré.

—No me importa.

Él empezó a recoger turba para llevarla dentro de la cabaña, pero Aileen le tapó el paso porque no quería que el olor del humo la molestara.

—Gracias, Riordan, pero me apañaré sola.

—No quiero que te quedes sola con él. No es digno de confianza.

Ella contuvo un suspiro.

—Está inconsciente, Riordan. No creo que pueda levantar la cabeza ni aunque quiera.

Él pareció tranquilizarse y dejó el montón de turba.

—¿Vuelvo esta tarde? —preguntó él con tono esperanzado.

—En otro momento…

A él se le hundieron los hombros.

—Deberíamos mandar un mensaje a la familia MacEagan. Yo lo haría encantado.

Ella lo miró con cierto recelo.

—¿Tan deseoso estás de ayudarlo?

Riordan miró hacia la cabaña y se cruzó de brazos.

—Me complacerá cualquier cosa que se lo lleve lejos de aquí.

—No tienes nada que temer de él.

—Volveré por la mañana para ver si me necesitas.

Ella consiguió esbozar una sonrisa.

—Estaré bien, gracias.

Cuando se hubo ido, respiró con alivio. Él sólo quería ayudarla, pero su presencia le impedía concentrarse. Encendió una fogata fuera, echó la turba y puso unos cantos rodados bastante grandes para que se calentaran. También puso una marmita con agua.

Entró en la cabaña y se sentó al lado de Connor. Por un instante muy fugaz, abrió los ojos. Ella se quedó petrificada porque no sabía qué pensaría él de su alojamiento, pero, en la penumbra, no pareció distinguir dónde estaba.

Aileen sofocó la sensación de desilusión cuando él volvió a cerrar los ojos. Lo colocó bien para que estuviera más cómodo. Tenía las manos muy hinchadas, casi del doble del tamaño normal, y la piel tensa por la sangre acumulada. En invierno habría podido bajar la hinchazón con nieve. A cambio, llenó unos cuencos de madera con agua fría y le metió las manos.

Salió corriendo a su cabaña para recoger vendas y unas tablillas para inmovilizarle las manos, pero se le cayó todo con las prisas. Entonces se dio cuenta de que le temblaban las manos. Tenía que serenar su corazón desbocado y concentrarse en la curación. Tenía que dejar de comportarse como una doncella

necia. Seguramente, él no se acordaría de ella, le avisó el corazón.

Utilizó el chal para llevar las vendas y las tablillas. Se paró junto a la lumbre y llenó un barreño con agua caliente. Los cantos rodados… casi se había olvidado de ellos. Tiró el bulto con las vendas y las tablillas dentro de la cabaña y dejó el barreño con agua caliente junto a las hierbas medicinales. Luego, volvió a la fogata y utilizó una barra de hiero para empujar las piedras dentro de la cabaña y así calentarla.

Connor seguía inconsciente. Aileen tomó aliento para recomponerse. Se arrodilló al lado de él y le rasgó la túnica manchada de sangre con su cuchillo. Él no se movió lo más mínimo. Las dudas empezaron a minar su confianza. ¿Habría traspasado la línea entre la vida y la muerte?

Tenía que dejar de preocuparse por lo que no podía hacer y concentrarse en lo que sí podía hacer. Intentó acordarse de los consejos que le dio Kyna, la anciana curandera. Las raíces de iris o las hojas de malva servirían si empeoraba la hinchazón. ¿Bastaría con eso? Connor era el hijo adoptivo del caudillo y la familia lo quería mucho. Si lo salvaba, eso podría servir para acabar con su animadversión.

Aileen le quitó los vendajes y los dientes de ajo. Le limpió la sangre de la cara y mojó el paño con agua fría. Entonó un cántico para intentar serenar sus sentimientos desenfrenados.

Volvió a lavarle las heridas del pecho y decidió cuáles tendría que coserle. Cuando los dedos le recorrieron el torso, los recuerdos se adueñaron de ella sin pedirle permiso.

El sabor prohibido de su beso llegó a ocupar todos sus sueños. El poderoso cuerpo de Connor la había abrazado una noche de luna llena; sus músculos se habían estrechado contra la carne anhelante de ella. Se estremeció y tuvo que sofocar la olvidada sensación de deseo. Se levantó y volvió a concentrarse en sus heridas.

Al apartarse de él, pasó junto a los manojos de hierbas secas que colgaban del techo. Su aroma le ayudó a aclararse las ideas. Fue a la pequeña mesa donde guardaba las medicinas y eligió consuelda para las heridas. Machacó la raíz en un mortero hasta convertirla en una pasta y le echó agua caliente.

Se sentó al lado de Connor con el mortero cerca. Enhebró una aguja de hueso y empezó a coserle el profundo corte de la sien. Como no reaccionó a las puntadas y estaba tan pálido, ella se preguntó si estaría muerto.

Sintió un leve arrepentimiento en el fondo del corazón. Había intentado odiarlo, había intentado aniquilar los sentimientos que tuvo. Sin embargo, una parte de él permanecería siempre aunque ella intentara olvidar el pasado.

Aileen sujetó la carne abierta de su pecho mientras se la cosía para cerrarla. Aunque había cosido innumerables heridas y de todo tipo, fue como si la aguja le atravesara su propia carne.

¿Por qué no podía permanecer impasible mientras hacía su trabajo? ¿Por qué la asustaba verlo entre la vida y la muerte? Creía que esos sentimientos se habían disipado hacía mucho tiempo.

Extendió la pasta de raíz de consuelda por el

pecho y volvió a vendárselo. Era el momento de centrar su atención en sus huesos rotos. El ángulo del hueso y la mano derecha amoratada le indicaron que tenía la muñeca rota. Su mano izquierda tenía los dedos hinchados y los nudillos en carne viva. Era muy raro. Esas heridas no se debían a una pelea. Alguien había intentado romperle los huesos intencionadamente. Volvió a pensar en una tortura. Sintió un nudo en el estómago y las dudas se apoderaron de ella. ¿Tendría suficientes conocimientos para curar unas heridas tan complicadas? Peor aún, ¿tendría valor para amputarle las manos si tenía que hacerlo para salvarle la vida? Si la piel se ponía verde o negra, no tendría otra alternativa. Sintió una náusea ante la idea de hacerle tanto daño. Elevó otra plegaria contra los demonios de la enfermedad.

—Madre, ¿pasa algo?

Su hija Rhiannon entró y Aileen dejó lo que estaba haciendo al verla. No se había acordado de ella. Su hija, aunque estaba adoptada en otra parte, la visitaba a menudo para aprender las mañas de la curación. Aileen miró a Connor y comprobó que seguía inconsciente. Rodeó a su hija con un brazo y la sacó de la cabaña.

—No pasa nada.

El rostro de Rhiannon se ensombreció por la perplejidad.

—¿Quieres que te ayude? Ese hombre…

—Hoy, no —Aileen hizo un esfuerzo para decirlo con serenidad—. Sin embargo, puedes rezar por él.

Rhiannon adoptó una expresión crítica.

—¿Van a curarle las plegarias?

Se retorció la trenza marrón oscuro y volvió a poner un gesto de preocupación.

—No le sentarán mal.

—Déjame que te ayude —le suplicó su hija.

—No —el tono fue más tajante de lo que había querido y Aileen hizo un esfuerzo para sonreír—. Se curará pronto. No es tan grave como parece —la mentira se añadió al peso del remordimiento.

—Eres una buena curandera, madre. Da igual lo que digan. Quiero ser como tú —la consoló Rhiannon con un brillo en los ojos.

Aileen notó que se sonrojaba por el bochorno.

—Espero que llegues a ser mejor que yo.

Le alegraba tener ese vínculo con su hija. Muchos niños acababan teniendo más afecto a sus padres adoptivos que a los que los habían engendrado. Las frecuentes visitas de Rhiannon hacían que fuera así y Aileen la quería más cada año.

—Van a traer otra curandera —reconoció Rhiannon con el ceño fruncido—. Se lo he oído a Tómas.

—¿Cuándo?

—Dentro de una semana —Rhiannon agarró la mano de su madre—. Pero no puede ser tan buena como tú. Lo que pasó no fue culpa tuya. Ellos…

—No importa —le interrumpió Aileen—. Tus padres adoptivos estarán esperándote. Tienes que marcharte.

—¿Te veré mañana?

—No hasta que se haya ido este hombre.

—¿Por qué? Te he ayudado con heridas otras veces.

—No discutas conmigo. Cuando haya vuelto con su gente, podrás volver —Aileen abrazó a su hija y le acarició el pelo—. Hasta entonces.

Rhiannon la abrazó con fuerza.

—Volveré pronto para verte, madre.

—Te quiero, *a iníon*. Pórtate bien —le acarició la punta de la nariz.

—Lo haré.

Aileen esperó a que su hija llegara a lo alto de la colina y luego volvió con Connor. Gracias a los dioses, no había hecho más preguntas.

Connor estaba inmóvil. Ella le tomó la mano derecha y él hizo un gesto de dolor. Fue la primera reacción física que le vio. Quizá viviera después de todo. Era como si alguien le hubiera golpeado los dedos con una maza, lo mismo que le habían hecho a la muñeca.

Eran heridas muy poco corrientes. Si su enemigo hubiese querido matarlo, habría bastado con clavarle una flecha o un cuchillo en el corazón. Parecía un castigo. Connor no portaba armas, lo que daba a entender que lo habían tenido prisionero. Lo habían abandonado en medio del campo, donde podría seguir si Lorcan no lo hubiera encontrado.

Tenía que colocarle bien los huesos. Mientras rebuscaba entre las tablillas de madera para encontrar las más apropiadas, volvió a acordarse de Rhiannon. Sintió un amor desbordante por su hija de rostro angelical. No podía imaginar la vida sin ella. Nadie le arrebataría a Rhiannon y menos Connor MacEagan, el hombre que la había engendrado.

Le ardían las manos y nunca había sentido un dolor parecido. Connor tuvo una convulsión, los músculos se contrajeron por el espantoso padecimiento.

—No te muevas. Tengo que recolocar los huesos.

Connor no pudo contener sus movimientos como tampoco pudo contener el rugido que se le escapó. La mujer movió otro hueso y él rezó para que la bendita oscuridad se adueñara de él otra vez.

El auxilio de la mujer hizo que fuera imposible. Él se centró en lo que había pasado con imágenes fugaces de los hombres de Flynn O'Banníon que lo derribaban. Luchó mientras le clavaban cuchillos. El dolor no fue nada en comparación que lo que llegó después. Los que habían sido sus amigos lo sujetaron contra el suelo y el jefe levantó una maza de piedra.

Un dolor cegador le llegó desde la mano y la muñeca. Un alarido desgarrador brotó de su garganta cuando le machacaron la otra mano. Afortunadamente, se desmayó.

Sin embargo, la tortura de la curandera era mucho peor que la de su enemigo. No se acordaba de cómo escapó, pero las palabras de O'Banníon al marcharse le abrasaban en la cabeza.

—Ya no volverás a tocar a otra mujer.

La curandera colocó otro hueso y él se lamentó.

—Tened cuidado.

—Casi he terminado.

—Gracias a Dios.

—Luego empezaré con la otra mano.

¿La otra mano? Santo cielo, los *sibh dubh* habían enviado a esa mujer para atormentarlo. Los espíritus malignos eran más compasivos que ella. Nunca había padecido una tortura como ésa. Mantuvo los ojos cerrados para no dejar paso al dolor.

—¿Dónde estoy? —preguntó con una respiración lenta para que no le dolieran las costillas.

—¿No os acordáis? Os adoptaron aquí, en Banslieve; con el clan de los O'Duinne.

No había visitado las tierras de su familia adoptiva desde que tenía diecisiete años. Tenía buenos recuerdos de Banslieve. Connor observó a la mujer que lo había atendido. Su pelo marrón, con coletas, parecía madera pulida y sus ojos tenían un tono verde grisáceo muy delicado.

—¿Os llamáis Aileen?

Ella asintió con la cabeza y él se preguntó si sería la misma chica taciturna que se escondía entre las sombras.

—Me acuerdo de vos.

Ella lo miró fijamente y a él le pareció captar un destello acusador en los ojos. El destello de furia desapareció y su mirada se serenó.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Dónde está Kyna?

Él notó la tristeza en los ojos de Aileen.

—Murió el invierno pasado. Yo soy la curandera ahora.

—¿No hay otra curandera en el pueblo?

No confiaba en ella; era demasiado joven para conocer los métodos curativos de Kyna.

—No —ella frunció los labios con orgullo y enojo—. Soy la única curandera.

A él no le importaba si la había ofendido. Si no le colocaba bien los huesos, podría inutilizarle las manos. Era un guerrero. Cerró los ojos por el dolor insufrible.

Flynn O'Bannion lo había castigado al creer a testigos falsos y por un delito que no había cometido. La furia le abrasó las entrañas avivada por el dolor de la traición. Flynn había sido su amigo y su maestro en el uso de la espada.

—¿Es grave? —preguntó él.

—¿El qué…?

—Mis manos. ¿Podré volver a usarlas?

Tenía que saber si perdería las manos y sintió un escalofrío de miedo.

—No lo sé.

Él se quedó inmóvil. Había sido un guerrero toda su vida. Había luchado en batallas contra los normandos y contra clanes enemigos hasta que la espada se convirtió en una extensión natural de sí mismo.

—¿Y mi espada? ¿Podré volver a luchar?

Él intentó sentarse, pero una mano delicada lo empujó hacia atrás.

—Tampoco lo sé, pero conserváis la vida y deberíais estar agradecido.

Mientras ella contestaba, le pareció que la gélida mano del destino se burlaba de él. No podía imaginarse una vida que no fuese la de un guerrero.

—Dormid —susurró Aileen llevándole una poción a los labios.

Él bebió el líquido amargo y se sintió como si fuera de piedra. Si no podía empuñar una espada otra vez, sería como si estuviera muerto.

Dos

La fiesta de Bealtaine de 1168, siete años antes

Aileen O'Duinne se cepilló la larga melena castaña y se hizo unas trenzas con los lazos azules que le había regalado su padre. Llevaba un alegre vestido a juego, del color del cielo, con un *léine* de color crema debajo. Hacía que se sintiera mayor que los dieciséis años que tenía. Esa noche era la fiesta de Bealtaine, el rito ancestral que celebraba la vida y necesario para conservar la buena fortuna. Sonrió soñadoramente y dejó volar la imaginación ante la posibilidad de encontrar un amor.

Le tiraron de la coleta y ella dio un grito. Cillian, su hermano mayor, sonrió. Cillian, con el pelo castaño oscuro y unos burlones ojos verdes, era su hermano favorito y una pesadilla.

—¿Estás pensando en encontrar un hombre esta noche?

—Claro que no —mintió ella con la cara colorada—. Además, ni se fijan en mí.

Su hermano sacudió la cabeza elocuentemente.

—Se fijan en ti más de lo que te imaginas, Aileen.

—Creo que te refieres a otra hermana.

—Eres mi única hermana. Además, si no pueden verte como eres, los despreciaré abiertamente.

Ella sonrió por el halago.

—Esta mañana me lavé tres veces con el rocío —reconoció ella—. Creo que todavía no ha dado resultados.

Se decía que se concedería la belleza a quienes se lavaran con el rocío de la mañana de Bealtaine. Ella seguía teniendo la esperanza de que eso pudiera suceder por la noche.

Bealtaine era una noche en la que muchas doncellas podían encontrar el amor en brazos de un apuesto pretendiente. La última noche del solsticio de verano le dieron el primer beso. No había estado a la altura de lo que había esperado y le pareció un revoltijo de lenguas y labios. Se estremeció al recordarlo, pero no se lo reprochó al chico. Él tampoco tenía mucha experiencia.

—Sé lo que está pasando por tu cabeza, Aileen O'Duinne. Quieres que Connor MacEagan se prometa contigo.

Cillian empezó a imitar unos besuqueos y ella le dio un empujón.

—Deja de burlarte —le advirtió ella—. ¿No deberías estar recogiendo leña para las hogueras?

Ella sabía que su padre y Bradan, su otro hermano, estaban reuniendo el ganado. Cuando pasaran con el rebaño entre las hogueras, la buena suerte estaría asegurada.

—Eso fue hace horas —contestó Cillian con una sonrisa elocuente—. Además, voy a encontrar una *cailín* buena que me recoja astillas.

—Vas a necesitar mucha suerte.

—Como tú —replicó él—. Tengo una mala noticia —Cillian dejó escapar un sollozo burlón como si se le hubiera partido el corazón—. Han elegido a Connor para que represente el papel de Belenus. No vas a poder tenerlo de amante. Lianna será Danu.

No era difícil imaginarse a Connor como el dios del sol. Sin embargo, el buen humor de Aileen decayó un poco. Eso significaba que Connor sería la pareja de Lianna esa noche. Se consagrarían en sagrado matrimonio y serían amantes.

Se estremeció sólo de pensarlo. ¿Por qué no podían elegirla a ella? La idea se le pasó por la cabeza, pero la desechó. Con su rostro anodino y alborotada mata de pelo castaño parecía un gorrión en comparación con la rutilante belleza de Lianna. Más de un joven había mirado por encima de ella para fijarse en Lianna.

—Anímate, hermana —dijo Cillian—. Podría sujetarte a Connor para que le robaras un beso. No creo que fuera a resistirse mucho.

Ella se puso en jarras.

—Si se te ocurre decirle una sola palabra, yo…

Él se rió y se marchó. Aileen quiso gritar. Cillian sabía que ella soñaba con Connor, pero si apreciaba su vida, no diría una palabra.

Se tapó los hombros con el chal de lana. Salió y una delicada brisa alivió sus sentimientos heridos. Esa noche quería dejar atrás su niñez, tomar las manos de un hombre y prometerse a él.

Esa noche los amantes se escabullían juntos para celebrar las hogueras por su cuenta. Podía pasar cualquier cosa, sobre todo, algo mágico. Se necesitaría

algo de magia para que Connor MacEagan se fijara en ella. Se le secó la boca al pensar en él. Aunque sólo era un año mayor que ella, había pasado casi toda su vida adiestrándose para ser un guerrero. Se movía sigilosa y poderosamente; era un hombre a punto de convertirse en una leyenda.

Tenía el pelo del color del oro pulido y era tan alto que ella tenía que inclinarse hacia atrás para mirarlo. Sus ojos grises podían mirar a los de una mujer y conseguir que se sintiera hermosa. Lo había visto cabalgar por los campos y sus imponentes muslos dominaban por completo al caballo. Notó una agitación sólo de recordarlo.

¿Qué tenía de malo querer yacer esa noche entre los brazos de Connor para aprender lo que pasaba entre un hombre y una mujer?

No obstante, pensarlo era una sandez. Sería mejor que se olvidara y esperara encontrar a alguien que la considerara una novia aceptable.

—¡Aileen! ¡Ven a ayudarme! —le gritó su madre—. Tengo que preparar las cestas para la fiesta.

Aileen envolvió hogazas de pan en paños, partió un trozo y lo dejó encima del umbral para las hadas. Habían tenido mucho cuidado de no usar cuchillos de acero al cortar el pan porque el acero era mortal en el mundo de las hadas. Esa noche, se levantaría el velo que separaba su mundo del mundo de las hadas. La ofrenda garantizaría la buena suerte.

—¿Estás preparada? —le preguntó su madre.

Aileen asintió y recogió su cesta. Una vez fuera, vieron los dos pequeños montículos de leña para hacer las hogueras en lo más alto de las colinas. El día

anterior habían apagado todas las fogatas de las cabañas porque las nuevas se encenderían con el fuego de esas hogueras.

El sol empezaba a ocultarse en un horizonte de tonos morados y escarlatas. Pronto encenderían el fuego sagrado.

Su padre y hermanos estaban con el ganado y el resto de su clan. Todos esperaban a pasar entre las hogueras. Aileen siguió a su madre para unirse a la multitud y al pasar entre las cabañas vio ramas de acebo en flor en las puertas de algunas. Se le encogió el corazón porque ningún enamorado le había llevado una.

—No te olvides —le advirtió su madre—. Si un joven intenta forzarte…

Los ojos verdes de su madre no disimularon la preocupación y pareció debatirse por una decisión invisible. Aileen la abrazó con cariño.

—Me negaré.

Ella entendía los temores de su madre aunque fueran sin motivo.

—Tú decides si esta noche quieres tener un amante y honrar a la diosa Danu, hija mía, pero no es necesario. Todavía eres muy joven.

Si bien su madre honraba a los dioses de sus antepasados, no parecía muy deseosa de que su hija se convirtiera en mujer en el sentido más auténtico.

—No me pasará nada, madre.

Además, estaba segura de que sería así. Aileen se puso muy recta y sonrió. A su alrededor, los mugidos del ganado se mezclaban con las voces del gentío. El ambiente olía a flores y vio a Lianna y Connor. Los

dos vestían de verde y Lianna llevaba una corona de acebo y flores. Connor llevaba una guirnalda con las mismas flores.

Aileen se acercó y deseó con toda su alma poder ocupar el puesto de Lianna. Se dio la vuelta para unirse al grupo de chicas y se topó con un hombre. Eachan la agarró para que no se cayera.

—Vaya, no todos los días cae una *cailín* tan guapa a mis pies.

Él sonrió y entrecerró los ojos con aire bromista. Eachan, que era casi tan mayor como su padre, siempre había sido amable.

—Lo siento —se disculpó Aileen sonrojándose.

—No lo sientas. ¿Puedo decir que esta noche estás más preciosa que la reina de las fiestas?

Aileen captó sus intenciones en la mirada y decidió dejarle muy claro lo que sentía.

—Si lo decís, será mentira.

—Yo no miento. Todo el mundo puede darse cuenta de que Lianna no tiene nada en la cabeza.

Aileen decidió que Eachan había bebido demasiado hidromiel.

—Tengo que marcharme —se excusó ella antes de buscar un sitio desde donde observar a Connor y Lianna.

Lianna se rió cuando él le rozó el pecho con el codo. Aileen se quedó petrificada, como si la hubiera tocado a ella. Sintió un estremecimiento y el pezón se le endureció contra la tela de lana.

—Canalla de MacEagan —dijo una voz de hombre al lado de ella.

Aileen captó el tono celoso en la voz de Tómas.

Era una cabeza más bajo que Connor y estaba resentido porque no lo habían elegido como pareja de Lianna.

—No debería estar ahí. Él pertenece a otro clan.

Aileen no quiso recordarle que los O'Duinne lo habían adoptado desde que era un bebé. Tómas no disimulaba que quería ser novio de Lianna.

—Lo mataré si la toca —amenazó Tómas entre dientes.

—Traerás la mala suerte a todos si haces semejante tontería —le regañó Aileen—. Lo han elegido a él y no se puede hacer nada.

—No permitiré que la posea.

El tono sombrío de su voz la inquietó.

—No lo harás y si dejas de comportarte como un niño malhumorado, es posible que ella vuelva contigo después.

—¿Qué sabrás tú, Aileen? Ningún hombre de los que hay aquí querría una novia con una cara tan corriente como la tuya.

Sus palabras le dolieron, pero ella levantó la barbilla.

—Sé lo suficiente como para oír a un niño que dice sandeces en vez de a un hombre.

Él se alejó y ella parpadeó varias veces. Al parecer, el rocío de Bealtaine no había tenido un efecto mágico en su rostro.

Fue a bailar e intentó no sentirse dolida cuando los jóvenes sonreían ávidamente a otras chicas. Ella sería una esposa tan buena como cualquiera de ellas. ¿Acaso Kyna, la curandera del pueblo, no le había enseñado a curar a los enfermos?

Entonces, se encontró cara a cara con Connor. La tomó de la mano para bailar y le pareció un milagro que no se deshiciera por el contacto. Sintió que los nervios la atenazaban por dentro.

—Hola… Connor —balbució con un tono chillón.

Por la bendita Danu, ¿qué le había pasado a su voz?

—Hola —él le dio una vuelta con una sonrisa cariñosa—. Quería darte las gracias por atender a mi perro de caza. Ulric parece recuperado.

—Me alegro de que esté mejor.

Ella se había limitado a hacer una infusión de menta después de que el animal se hubiera atiborrado de restos de comida. Connor le tomó la mano derecha y se la apretó.

—Te doy las gracias.

Aileen decidió que no volvería a lavarse la mano derecha. Cambiaron de pareja otra vez y ella se salvó de ponerse en evidencia cuando se encontró con Eachan.

—Te gusta, ¿verdad?

—Yo no… es que…

Eachan se rió y le tomó las manos.

—Un anciano como yo no puede competir con Connor. Aun así, eres una chica sensata que conviene conocer. ¿Quieres que se lo diga y hable a tu favor?

—¡No!

Le espantó la idea de que Eachan la recomendara a Connor como si fuera una yegua excepcional. Él dejó escapar una risotada mientras la entregaba a otra pareja.

—Piénsatelo, joven Aileen.